

## RECONSIDERACIÓN DEL TOTALITARISMO

Traducción de FEDERICO CAMPBELL

¿PODRÍA LA MENTE afrontar una tarea más dura que la de imaginar – real y profundamente imaginar – circunstancias radicalmente contrarias a las de hace un momento? Un esfuerzo semejante resulta especialmente difícil para los intelectuales que tienden a hacer casar sus teorías, deducidas del presente, con un pasado irremediable. Me refiero sobre todo a la década de los años 50, tan cercana en el tiempo pero tan separada de nosotros por un abismo intelectual y emocional. Mi intención no es defender ni asaltar a los pensadores de esa década, sino más bien evocar su tono y su procedencia, con la esperanza de nunca tener que encontrarlos de nuevo.

El aniquilamiento del nazismo al final de la segunda guerra mundial despertó sentimientos de júbilo. La barbarie fue extirpada de raíz. La gente hablaba de "una nueva Europa" que se levantaba de las cenizas de la antigua. En Estados Unidos los intelectuales se sentían cautivados por aquellos brillantes jóvenes franceses, Sartre, Camus, Merleau-Ponty, cuya idea de una libertad existencial derivaría en una liberación social. Empezó a parecer que entrábamos en una época de imaginación y de pensamiento vivos, destrabados de los sistemas ideológicos.

Pero esta expectativa no duró mucho. El ensombrecimiento del horizonte político en Europa del Este, con Checoslovaquia tomada por las tropas de Stalin en 1948, como si repitiese lo que había hecho Hitler diez años atrás, propició un ánimo de profunda depresión. Uno sentía que *todo estaba empezando de nuevo*: la peste del totalitarismo perduraría entre nosotros el resto de nuestras vidas. Menos irracional tal vez que la del hitlerismo, la política del stalinismo evidentemente tenía un mayor atractivo social, una raíz más profunda en la insurgencia europea tradicional, y por tanto resultaría más difícil oponerse. Intelectualmente, el stalinismo evocaba maldades más agudas que el nazismo, porque el enemigo parecía haber salido de "nuestro propio" medio, el de la izquierda. El stalinismo hacía uso de palabras y símbolos que representaban nuestras esperanzas. Y mientras tanto, su auge en Europa coincidía con las informaciones que estaban dándose a conocer sobre la inimaginable magnitud del holocausto.

Casi todo el mundo que yo conocía cayó en una muda melancolía, en la convicción apenas hablada de que el apocalipsis no tendría fin. No podíamos analizar a fondo el significado del holocausto, si es que tenía alguno, ni asimilar su impacto emocional. No sólo hizo añicos todas las teorías del progreso: también suscitó el descrédito de la idea misma de humanidad. El stalinismo, por su parte, con la fusión de sus convo-

catorias revolucionarias con un código de cinismo criminal, parecía una parodia grosera de convicciones largamente cultivadas. No obstante, tuvo en Europa muchos seguidores y además un nuevo grupo de aliados en el tercer mundo: dictadores elegantes, dictaduras andrajosas. En su lucha por la dominación mundial, el stalinismo parecía llevar la iniciativa. Incluso conservadores como James Burnham y Whittaker Chambers lo admitían. En Estados Unidos nosotros intentábamos lidiar con la carroña del macarthysmo. La mente se tambaleaba.

Los historiadores que vinieron más tarde, por lo general revisionistas en su visión de las cosas, escribirían que el temor a la expansión comunista en Europa había sido enormemente exagerada durante los años 50, en gran parte porque los liberales y la izquierda antistalinista habían sido barridos por la histeria de la guerra fría. Según estos historiadores, la posibilidad de una toma del poder en Francia e Italia era muy escasa, sólo porque Moscú se daba cuenta de que cualquier tentativa conduciría probablemente a una guerra que no podría soportar. Unas décadas más tarde esto se podía decir fácil, una vez que el stalinismo en Francia fue acorralado y el Partido Comunista de Italia se transformó en un movimiento democrático casi social. No; yo creo que el miedo al poder comunista en los años 50 estaba justificado; tanto liberales serios como radicales compartían este temor porque veían que dondequiera que el stalinismo asumía el poder, la libertad fenecía. Dejádme, pues, aquí, como premisa de lo que sigue, reafirmar brevemente la validez fundamental del anticomunismo liberal y de izquierda, sin omitir por supuesto que esto podría conducir, y a menudo condujo, a caer en el error, la inmadurez y la simplificación extrema... algo inevitable en momentos de severa tensión histórica. Pero en todo caso, éste era el esquema, de ningún modo ideal, de lo que habría de ser una empresa mayor de los años 50: la discusión de las teorías sobre el totalitarismo.

Empecemos sin ningún sistema, con dos citas de fuentes nazis y dos de las críticas al stalinismo.

Al referirse a las políticas nazis para enviar repetidas remesas de "pueblos inferiores" o *Untermenschen* a los campos de concentración y de muerte, Heinrich Himmler, jefe de las SS, afirmó: "En este proceso de selección nunca puede haber un alto." En el vocabulario del nazismo, "selección" también aludía a la *Übermenschen* o al proceso por el cual la dirigencia nazi, por encima y a veces en contra de la estructura formal del partido, se renovaba (proceso para el que también Stalin demostró un indudable talento). Tampoco es accidental esta simetría entre élite y condenados: es crucial

para el funcionamiento de la mente nazi y propicia constantes levantamientos, una "revolución permanente" dentro tanto de la clase de los amos como de la de los esclavos, la cual nunca puede permitirse una pausa ni llegar a su término sólo porque la meta de la "pureza" siempre debe resultar elusiva.

Primo Levi, en sus memorias de Auschwitz, cuenta la historia de un guardia nazi que, al responder a un prisionero, dijo: "Hier ist kein warum": aquí no hay por qué, nada necesita explicarse. Esta fortuita observación de un astuto asesino ofrece una percepción penetrante de los campos y de las mentes de sus creadores tan buena como cualquier otra de la literatura académica sobre el tema. Sugiere lo difícil que es para la mente racional captar en su totalidad el ethos totalitario: irracional, antiutilitarista, desdenoso de la idea de límite, convencido de que a través de la voluntad, la organización y el terror, toda existencia puede comprimirse en una demencial coherencia.

Al final de su inacabada biografía de Stalin, Trotski escribe:

"L'Etat, c'est moi" es casi una fórmula liberal si se compara con las realidades del régimen totalitario de Stalin. Louis XIV se identificó sólo con el Estado. Los Papas de Roma se identificaban con el Estado y con la Iglesia... pero sólo durante la época del poder temporal. El Estado totalitario va mucho más allá del cesáreo - papismo, puesto que también abarca toda la economía del país. A diferencia del Rey Sol, Stalin puede decir: "La Société, c'est moi".

Escrito en 1938, antes de que pueda registrarse todo el impacto del Estado total, este pasaje apunta a la magnitud, históricamente sin precedentes, de su alcance: el deseo y, al menos por un tiempo, la capacidad de controlar la totalidad de la existencia.

Unos 14 años después Mílosz escribió en *La mente cautiva*:

...el terror intelectual es un principio que el leninismo - stalinismo no puede abandonar nunca, incluso si debe conseguir la victoria a escala mundial. El enemigo, de manera virtual, siempre estará allí; el único amigo será el hombre que acepte la doctrina en un 100 por ciento. Si acepta sólo el 99 por ciento, tendrá necesariamente que ser considerado un enemigo, porque a partir de ese uno por ciento restante puede surgir una iglesia nueva.

La absoluta coherencia de la doctrina... esta noción orwelliana se convertiría, de diversas maneras, en un elemento central de las teorías del totalitarismo avanzado en los años 50.

Ahora, sería una exageración afirmar que estas cuatro citas bastan para una reconstrucción de la teoría (teorías) del totalitarismo, pero si el habitual visitante de Marte sólo tuviera acceso a estos pasajes, podría, creo, muy bien hacerse de una buena aproximación, porque estos pasajes subrayan un rasgo central del pensamiento de los años 50: que el totalitarismo era un fenómeno nuevo y sin precedentes, como movimiento político lo mismo que como régimen represivo, no para ser asimilado a tiranías previas, como tendían a hacerlo ciertos historiadores tradicionalistas que no se andaban por las ramas. El Goldstein de George Orwell en 1984, el personaje que podría ser Trotski en la novela, señala que "en comparación con las existentes hoy en día, todas las tiranías del pasado eran tímidas e ineficientes". Las tiranías tradicionales requerían de sujetos pasivos, mientras que el Estado total exige participantes activos, movilizados para siempre en aras

del sacrificio, de las reuniones, de los desfiles y de los rituales. Las tiranías tradicionales carecían de medios, y de imaginación tal vez, para ejercer el control absoluto sobre la vida humana. El Estado total, atrapado entre un fervor renovado y una furia sádica, propuso derrumbar las barreras entre lo público y lo privado, convirtiendo a las masas en guerreros eternamente movilizados adentro y afuera. Permítaseme ahora aventurar un bosquejo de la teoría central.

Los movimientos totalitarios, al menos los de Europa occidental, brotan de un terreno en descomposición, la descomposición de la sociedad burguesa en las primeras décadas de este siglo, en parte como resultado de un ritmo sin precedentes de cambios sociales que llevaban al descontento espiritual, una extendida ausencia de ley, y una confusión social extrema. La "herejía ideológica del partido totalitario", escribió el teórico demócrata social alemán Richard Lowenthal, "sólo puede ser históricamente efectiva cuando se mezcla con la desesperación material y psicológica de las masas, debido al fracaso de un orden social para resolver, según sus valores fundamentales, los problemas concretos y urgentes que se le imponen por el incontrolado proceso de cambio". En consecuencia, los movimientos totalitarios se abren camino a través de las resquebrajaduras de la sociedad y convocan a las masas, a quienes han perdido la conciencia del interés de grupo o de la identidad de clase y a quienes nunca la han tenido. Ya lo decía Hannah Arendt, la teórica más original del totalitarismo: "El término masas sólo se aplica en el caso en que tratamos con gente que, ya sea por su escaso número, o por indiferencia, o una combinación de ambos factores, no se puede integrar a una organización que se sustenta en el interés común..." El movimiento totalitario cohesionaba a los seguidores en una "solidaridad de hierro" marcada por la ausencia de la propia identidad y la anulación del yo propia del fanatismo. Y enfrente de ellos, escribió el historiador del nazismo, Konrad Heiden, "de los escombros de las clases muertas se levanta la nueva clase de los intelectuales... los más crueles, los que tienen menos que perder, es decir, los más fuertes: los bohemios armados..."

Los fines del totalitarismo se articulan no como las habituales exigencias de la insurgencia social —mejores condiciones económicas, mayores derechos políticos— sino como visiones suprahistóricas envolventes, abultadas ficciones de emancipación, que dan una especie de perversa validez a la aseveración de Himmler —parodia de la doctrina bolchevique— de que sus hombres de las ss no estaban interesados en "los problemas de todos los días" sino sólo "en cuestiones ideológicas de importancia durante décadas y siglos (la purificación de la raza, etcétera). Precisamente la incapacidad del orden existente para satisfacer necesidades mundanas y específicas impulsa a las masas a entrar en una fraternidad empuñada en una lucha ininterrumpida y —puesto que la meta es total— en métodos totalizantes (falsedad, asesinato, terror como sistema). Antes de alcanzar el paraíso, según se nos ha enseñado por tradición, debemos experimentar el apocalipsis; antes de la hermandad, la destrucción. Hannah Arendt describe brillantemente los componentes psicomorales de esta huida de lo mundano:

[Las masas modernas] no creen en nada visible, en la realidad de su propia experiencia; no confían en sus ojos ni en sus oídos, sólo confían en sus imaginaciones, que pueden ser atrapadas por

cualquier cosa que en sí misma sea universal y consistente... El escape de las masas de la realidad es un veredicto contra el mundo en el que se ven forzadas a vivir y en el que no pueden existir, ya que la coincidencia se ha vuelto su amo supremo y los seres humanos necesitan la constante transformación de las condiciones caóticas y accidentales en un patrón de relativa consistencia hecho por el hombre...

Así, el papel del correligionario está arreglado: tiene que mezclarse con el movimiento, transferir su corazón, su alma y su cuerpo al dirigente que encarna la mística de la historia; tiene que renunciar a su experiencia personal a favor de ejercicios fantasmagóricos, y aceptar la legitimidad de todos los métodos a fin de lograr —¡de una vez por todas!— una transformación final. El anhelo expresado después de la primera guerra mundial por T.E. Lawrence y otros escritores que deseaban "perder su yo" ahora era asumida por millones de personas que no sabían que tenían un yo.

Una vez instalado en el poder, el Estado totalitario se embarca —su propósito de soluciones finales requiere que se embarque— en una serie de levantamientos, tomando por asalto sus propias estructuras jerárquicas y otras instituciones sociales. No puede haber paz. La convocatoria solicita una total movilización, una alerta permanente, y batallas frecuentes.

Todo esto lo captó Stalin de manera intuitiva, sin verbalizarlo al extremo en que lo articularon algunos nazis. Las purgas sin fin, la demolición de los cuadros bolcheviques, los cambios radicales de línea que implican cambios completos de personal, el desarraigo de poblaciones completas, la liquidación de clases sociales completas: todo esto era su versión de la movilización total, llamada "intensificación de la lucha de clases".

Los levantamientos de Hitler tomaron, en primer lugar, la forma del terror contra sectores del partido nazi y luego contra la población alemana, purgando el primero de disidentes potenciales y reduciendo a la última a mera masa indiferenciada (o así, por lo menos, lo afirmaba la teoría del totalitarismo). En los campos, los nazis crearon una imagen de su norma definitiva: total dominación del individuo, total destrucción de la espontaneidad humana. El proceso de "selección", arriba y abajo, no podía detenerse.

Los nazis tenían una idea. Sería un error ignorarlo. Deshumanizar sistemáticamente tanto a los presos como a los guardias en los campos significaba crear un reino de sometimiento que ya no correspondía a las normas sociales comunes; y lo que los campos anticiparon en "esencia", la sociedad lo asumiría en sustancia. La idea nazi conduciría al sadismo y lo propiciaría, pero al menos entre los dirigentes y los teóricos tenía que distinguirse del mero sadismo. Era una ira abstracta, la más terrible de todas. La idea nazi conformaba una suave parodia de un mesianismo que declaraba que una vez que la humanidad demostrara su garantía de fe, la entrega vendría a través de un salvador que traería "los buenos días", noción ésta envilecida por los movimientos totalitarios con la eliminación física de las razas y las clases "contaminantes". Y cuando los nazis establecieron su reino de subyugación en los campos, llevaron a un grado máximo el impulso al nihilismo, que es tan fuerte en la cultura moderna. Era un nihilismo en el que no contaba la identidad propia o se cancelaba.

El análisis más penetrante de los años 50 se aplicaba a

todo lo que pareciera nuevo en el oleaje totalitario: el terror integral y permanente; la ideología como la otra cara del terror; el desvanecimiento de las fronteras entre el Estado y la sociedad, para que las "instituciones secundarias" fueran privadas de autonomía; la atomización de la vida social, con todas las clases aplastadas en una pasiva masa sin rostro; "la revolución permanente desde arriba" mientras el Estado se movilizaba contra los enemigos internos y externos; y la consolidación de una élite gobernante, exaltada en el dirigente, que proclamaba no sólo un monopolio del poder sino de la propiedad, por decirlo así, del Estado y la sociedad. En todo esto los elementos del ethos totalitario se llevaban hasta sus últimas consecuencias.

Dos libros fueron centrales para esta discusión: *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt, y 1984, de George Orwell. El primero es un estudio histórico, y el segundo, una premonición imaginativa. Arendt tenía el don de aislar lo que yo llamo un terror de esencia. Su visión era la de una demencial impiedad, un arranque hacia el apocalipsis, que no acepta la paz duradera sino que se precipita hasta el clímax de la lucha. La premisa central —la gran arrogancia— del Estado total, encarnado en la manía de Hitler y en la voluntad de Stalin, era la "presuposición de que todo es posible", lo cual "lleva a través de la eliminación consistente de todas las limitaciones a la absurda y terrible consecuencia de que cada crimen que puedan concebir los gobernantes debe ser castigado, independientemente de que se haya o no cometido".

¿Cuál, pues, sería el objetivo último del totalitarismo, si es que tiene un objetivo? Una unión de dominación del mundo y apocalipsis, con el propósito de enderezarlo todo, de adaptar la realidad a las exigencias de un concepto más que ajustar los conceptos a la "aspereza" de la realidad. Esto, decía Hannah Arendt, supone no sólo la transformación de la sociedad sino de la "misma naturaleza humana". Ante tan formidable perspectiva, la mente se ofusca, pues "en cada uno de nosotros acecha... un liberal, sonsacándonos con la voz del sentido común", creyendo que el fenómeno del terror es una mera aberración y el énfasis puesto en él por escritores como Arendt y Orwell una concesión a la histeria.

Los críticos que atacaron a Arendt y a Orwell no eran del todo imprecisos; yo diría tan sólo que estaban equivocados. Para penetrar el alma del diablo se necesita algo de diablo; para captar el significado profundo del totalitarismo —de nuevo, con todas las precauciones— hay que ser un poco imaginativo, e incluso, como algunos críticos de mala fe supusieron en Orwell, con un poco de morbosidad. Si uno piensa en el mundo de 1984 puede darse cuenta de que difícilmente la morbosidad sería uno de sus posibles errores. Lo que Arendt y Orwell estaban tratando de hacer era imaginar algo al mismo tiempo inimaginable y no del todo distinto: incrustarse entre los extravagantes espacios de la mente totalitaria; ver por un momento qué movió a un Himmler en la realidad, o a un O'Brien en la ficción. Por todo esto, estaban convencidos de que no era muy útil ver al totalitarismo esencialmente como la extensión del capitalismo monopolístico o la dictadura leninista o incluso la maldad inherente al hombre. Todos estos estaban sin duda presentes como factores contribuyentes, pero lo que volvió tan poderoso y tan formidable al totalitarismo fue precisamente su rompimiento con las antiguas tradiciones, malas y buenas; precisamente su encar-

nación de un nuevo ethos radical de sangre, terror, nihilismo. Tal vez había una predisposición a aceptar un poco acriticamente la idea de una "esencia" totalitaria, una especie de forma platónica de la que los regímenes encabezados por Hitler y Stalin apenas eran realizaciones imperfectas. El que ninguna sociedad real se ajustara, o pudiera ajustarse, al modelo de Arendt, no es por supuesto una crítica inapelable a su obra.

Este modelo de visión pesadillesca fue el que influyó definitivamente en el pensamiento más serio de los años 50. Nos llevó a concluir que como sistema el totalitarismo no podía cambiarse desde adentro ni modificarse por los conflictos entre sectores de su élite gobernante. Esta conclusión, como pronto veremos, sería a su tiempo felizmente invalidada. La suposición implícita era que el totalitarismo es una sociedad que ha alcanzado una especie de estancamiento, aunque sea de un caos sostenido. En efecto, si bien no con un reconocimiento explícito, esta nueva clase de sociedad viene a significar un fin de la historia. En este sentido, Orwell fue más perspicaz que Arendt, pues en 1984 anticipó un ablandamiento paulatino del porvenir sin futuro, una disminución de esa feroz intensidad que ha marcado al Estado totalitario. Pero mientras vislumbraba agudamente una caída del fanatismo al letargo, Orwell no supuso que esto afectaría el empleo continuo del terror. En el mundo de 1984 el terror cobra vida propia, casi como si fuera un hábito. Orwell no alcanzó a considerar que las energías del terror también languidecían, de tal modo que serían reemplazadas, como sucedió durante algunos años en la Unión Soviética, por un terror en reserva.

El problema que finalmente fue planteado tanto por Arendt como por Orwell —el problema de la naturaleza humana: si es interminablemente maleable, si el programa totalitario de igualarla a la uniformidad podría ser algo más que una fantasía desenfundada— fue examinado en otro notable libro de los años 50, *La mente cautiva*, de Czeslaw Milosz. Su tema, escribió Milosz, era "la vulnerabilidad de la mente del siglo XX a la seducción de doctrinas sociopolíticas y su prontitud para aceptar el terror totalitario en aras de un hipotético futuro". Advertía contra quienes en Occidente —tal y como Arendt fue advertida contra las limitaciones de la racionalidad liberal— veían el destino de Europa del Este "en términos de poder y coerción. Eso está mal. Hay un anhelo interno de armonía y felicidad que tiene raíces más profundas que el miedo ordinario o el deseo de escapar a la miseria o a la destrucción física".

Tales aseveraciones encontraron una cálida respuesta porque parecían dar una explicación a fondo, más allá de las simples contingencias históricas, sobre la propagación de las políticas totalitarias, especialmente el stalinismo. Incluso los pocos de nosotros inclinados al escepticismo en la izquierda antistalinista quedamos impresionados por el alcance y la contundencia de los análisis de Milosz.

Empezó por evocar un libro olvidado que había aparecido en Varsovia en 1932: su autor, Stanislaw Wietkiewicz, crea "una atmósfera de decadencia e insensatez [que] se extiende por todo el país". Y entonces, continúa Milosz,

un gran número de mercachifles aparecen en las ciudades distribuyendo píldoras Murti - Bing... El hombre que usaba estas píldoras cambiaba completamente. Se volvía sereno y feliz. Los problemas contra los que había luchado hasta entonces aparecían como superficiales y sin importancia... El hombre que tragaba pí-

doras Murti - Bing se volvía impermeable a cualquier preocupación metafísica.

Lo que Murti - Bing causó en la ficción de Wietkiewicz, decía Milosz, lo estaba causando ahora el Matdia (materialismo dialéctico) en los verdaderos creyentes de Europa occidental, proveyéndolos de armonía y felicidad a tal grado que se volvían "impermeables a cualquier preocupación metafísica". Indudablemente "el Murti - Bing es más tentador para un intelectual que para un campesino o un obrero. Para el intelectual, la Nueva Fe [el comunismo] es una vela en torno a la que da vueltas como una palomilla. Al final, se arroja a la llama para gloria de la humanidad".

El corazón del libro de Milosz se conforma de libretos escritos por famosos escritores polacos que habían aceptado el régimen stalinista: Alpha, el héroe que "simplemente ha cambiado la sotana de su sacerdote por la chamarra de cuero de un comunista"; Beta, cuyas terribles experiencias del Holocausto lo han vuelto un desesperado nihilista aterrado por la fisiología humana y quien, después de agitar pedazos de propaganda para el Partido, mete la cabeza en un chorro de gas; Gamma, "quien se consideraba un sirviente del diablo que regía la Historia, pero... no amaba a su amo".

Todos los libretos eran evocadores y brillantes, dramatizaban el inútil repudio de los valores humanistas que constituye una parte tan grande de la historia intelectual del siglo XX. Sin embargo, precisamente porque eran más complejos y estaban mejor modulados que la teoría que los comprendía, los libretos minaron las tesis de Milosz, pues en cada caso su descripción dejaba claro que estos intelectuales no simplemente eran seducidos, como la palomilla por la llama, por la idea del "temor totalitario en aras de un hipotético futuro". Tampoco estaban adormecidos en "la armonía y la felicidad" a través del materialismo dialéctico, filosofía que la mayoría de los intelectuales polacos no podían empezar a sondear. La misma obra de Milosz hizo ver que muchos de estos escritores en realidad ya estaban echados a perder o corrompidos por anteriores compromisos intelectuales y morales, que algunos trajeron al stalinismo decepciones de superioridad elitista previamente cultivadas, y que otros habían sufrido crisis de carácter que los hacían vulnerables a la manipulación totalitaria. Y luego había los lugares comunes del oportunismo, el miedo, la codicia, la vanidad. La naturaleza humana no se estaba transformando; la propia identidad no se estaba recreando, se le estaba violando.

Además, la narrativa de Milosz nos convence de que entre esos escritores polacos sin duda había una especie de idealismo activo, a veces irremediablemente confundido con sentimientos cínicos y nihilistas. Antistalinistas de derecha e izquierda tendieron a minimizar la posibilidad de que hubiera intelectuales serios en Europa occidental que sinceramente creyeran en el stalinismo, incluso en los amargos años de Gottwal y Rakosi. Pienso en el doloroso caso de Leszek Kolakowski, hoy una figura intelectual de gran sensibilidad humana, y que antes de 1956 fue un stalinista fanático. Más tarde, cuando conoció a unos jóvenes dirigentes de la Oposición Democrática Húngara, me contaron que habían crecido en casas de ardientes stalinistas, verdaderos creyentes incluso durante los años del terror.

Así que tal vez Milosz no estaba del todo equivocado. Culpable sí era, creo yo, de una falacia intelectual, la que contem-

pla el comportamiento de los intelectuales exclusiva o principalmente en términos de una vida autónoma de las ideas: un modo de considerar su experiencia que podría deformar su drama y su *pathos* en una historia sórdida. En lo principal, la realidad parece haber sido que la experiencia de los intelectuales bajo el stalinismo no fue tan distinta a la de otra gente. El mismo Milosz escribe que "lo único que parece negar la perfección del Murti - Bing, luego entonces también del Matdia, es la apatía que nace en la gente y que sobrevive a pesar de su ferviente actividad". Sí, pero la apatía, socialmente considerada, siempre es algo más que pura apatía. Lo que parece apatía en gente sometida por regímenes opresivos, obligada a cantar y a desfilar, contiene también un rasgo de buen sentido, de escepticismo salvador, de rudimentaria resistencia. La naturaleza humana se dobló, se adaptó, se entrelazó, pero en gran parte sobrevivió intacta. Esta apatía era un mecanismo de defensa empleado por quienes, contra los imperativos de la historia, fueron "víctimas de la desilusión", como dice Milosz, elegantemente, "de que cada individuo existe como un yo". Intentad, en Varsovia o Budapest, negar esto.

Quiero terminar discutiendo las críticas de los teóricos del totalitarismo de los años 50, pero antes me gustaría permitirme una digresión hacia un debate todavía más antiguo sobre los mismos problemas que florecieron en el ambiente de la izquierda stalinista. Este debate tuvo poco que decir de interés teórico sobre el nazismo; en el stalinismo encontró en cambio una especie de espejo deformante, que le planteaba problemas de identidad.

Apartándose de la ortodoxia marxista de Trotsky, que etiquetaba al régimen de Stalin de "Estado degenerado de los trabajadores" porque seguía descansando en formas de propiedad no capitalistas, algunas figuras de la izquierda antistalinista desarrollaron una incipiente teoría del totalitarismo dentro o cerca de las categorías de un marxismo no ortodoxo. Uno de los primeros era Rudolf Hilferding, el economista austriaco socialdemócrata, quien en 1940 arguyó en contra de quienes llamaban "socialista" al régimen stalinista y contra quienes lo etiquetaban, por otra parte, de "capitalista estatal". Escribió Hilferding:

Una economía capitalista es gobernada por las leyes del mercado... y la autonomía de estas leyes constituye el síntoma decisivo del sistema capitalista... Una economía de Estado, sin embargo, elimina precisamente la autonomía de las leyes económicas. Ya no es el precio sino más bien una comisión planificadora estatal la que ahora determina lo que se produce y cómo... Tanto el "fuego estimulante de la competencia" como el apasionado esfuerzo por las ganancias, que proveen los incentivos básicos de la producción capitalista, se extinguen. La esencia de un Estado totalitario es que someta la economía a sus fines... El poder estatal de hoy, al alcanzar la independencia, se está desplegando según sus propias leyes, subordinando las formas sociales y construyéndolas a servir los fines del Estado.

Este análisis fue seguido por los escritos de la izquierda disidente y los grupos extrostkistas, especialmente los de Max Shachtman, quien desarrolló una teoría llamada "colectivismo burocrático" que sostenía que la Rusia stalinista era una nueva forma de sociedad explotadora en la que la burocracia se había endurecido como clase dirigente. El control total del

Estado en un país con una economía nacionalizada significaba la total dominación de la sociedad. Años más tarde, Milovan Djilas adelantó, en su libro sobre la Nueva Clase, una versión hasta cierto punto cruda de esta teoría.

Comparada con los puntos de vista liberales y marxistas predominantes de la sociedad comunista, la teoría del colectivismo burocrático, que anticipa en parte la teoría del totalitarismo, tenía un gran valor: subrayaba la novedad histórica y describía gráficamente el perfil de la dictadura de partido de Estado. Sus debilidades eran que más que una "imagen en movimiento" ofrecía una "toma" estática, previendo poco o nada la dinámica histórica, y que hizo poco por analizar el funcionamiento interior de la economía stalinista.

Dentro de la izquierda el mayor antagonista de este enfoque fue el historiador Isaac Deutscher. Con su énfasis en el determinismo económico y su convicción de que las décadas de Stalin constituyeron una fase de "acumulación primitiva" (sí, ¿pero a nombre de qué tipo de sociedad?); con su casi marxista atribución de la "deformación" stalinista a la torpeza histórica rusa (aquí sigue a Trotsky, aunque sin la misma pasión crítica), Deutscher dio una cierta aura de necesidad al stalinismo, legitimando en parte al tirano como alguien que estaba ejecutando las tareas de la historia, tan crueles como inescapables. Pero Deutscher se equivocaba en su pretensión de que la Unión Soviética, porque tenía una "economía planificada" (sería mejor llamarla una "economía mal planeada"), estaba con ello creando las bases para su propia liberación. Ahora parece más bien todo lo contrario: que la crisis de la economía y la imposibilidad de conseguir el bienestar material es lo que ha provocado la *glasnost* y la *perestroika*.

En justicia, sin embargo, debemos reconocer a Deutscher un punto esencial. A diferencia de los teóricos que se paralizaron ante los horrores del totalitarismo, subrayó la inevitabilidad del cambio dentro del sistema soviético. Sus razones para esperar el cambio eran equivocadas, pero en sí misma la expectación fue un importante correctivo. "Sería un error extraordinario", escribió, "tratar al totalitarismo metafísicamente como un Estado de total inmovilidad de la sociedad, o del absoluto congelamiento de la historia, que excluye cualquier movimiento político caracterizado por la acción desde abajo o la reforma desde arriba".

Incluso en los años 50 había un cierto escepticismo de sentido común en relación a las teorías dominantes sobre el Estado total. David Riesman, por ejemplo, subrayó el peligro de estimar en exceso la "capacidad del totalitarismo de reestructurar la personalidad humana", de estimar de manera exagerada "la eficiencia del stalinismo para conseguir sus horribles metas", y de "confundir las compulsiones desatinadas o incluso los accidentes del 'sistema' con algún genio conspirador". En una oblicua objeción a Hannah Arendt, advirtió contra la posibilidad de sucumbir ante "el llamado de un misterio malo". Ciertas constantes del comportamiento humano, no las más admirables ciertamente, pero sí muy valiosas como defensas limitadas contra el Estado omnipotente —defensas como la apatía, la corrupción, el oportunismo, el crimen—, todavía operaban, escribió Riesman, en la Alemania nazi y en la Rusia stalinista. La corrupción "como un antídoto del fanatismo", una modesta falla humana contra la monstruosa inhumanidad. Es un error, argüía Riesman, "suponer monolíticos a los sistemas sociales y como necesitados

de ser relativamente eficientes para permanecer en el poder". Y —esto cae dentro de mi tema— una lección de los años posteriores a Hitler y de las historias de refugiados de la Cortina de Hierro sería "qué difícil es destruir todo el tiempo a la mayor parte de la gente psicológicamente". Contra lo que advertía Riesman era la tendencia a ver al Estado total en términos totalizantes, haciendo del mismo algo situado más allá de la comprensión y por tanto, tal vez, más allá de la oposición. Una hebra de malicia había en esta crítica, pero lo que parecían estar sugiriendo era negar el *salto imaginativo* que se requiere para una completa comprensión de este nuevo fenómeno social. Tal vez por ello las observaciones de Riesman ejercieron poca influencia.

Una crítica más fundamental empezó a desarrollarse después de la Revolución húngara de 1956. Incluso los más ardientes admiradores de Hannah Arendt tuvieron que admitir que su teoría ofrecía una visión más aguda del nazismo que del stalinismo<sup>1</sup>. Mientras que la dictadura de Stalin podía encajar más o menos en los rasgos generales delineados por los teóricos del totalitarismo, lo cierto es que contenía elementos distintos que estas teorías apenas podían tomar en cuenta. Tenía su propio sistema socioeconómico; permitía una mayor cuota de racionalidad que el nazismo; atrajo hacia sí o explotó la tradición marxista; y se propuso hablar a nombre de los valores humanistas que abiertamente despreciaban los nazis. Incluso su tediosa repetición de textos sagrados permitieron a los lectores críticos ver que el régimen estaba violando las propias prescripciones y las expectativas marxistas. Tal vez fue más útil que el enfoque de Arendt la percepción de Trotsky en 1938 de que el stalinismo y el nazismo eran "fenómenos simétricos", es decir, semejantes en sus métodos superficiales pero diferentes en su estructura social y en su carácter histórico.

En los años 60, en todo caso, había quedado claro que si uno se atenía estrictamente a la teoría de Arendt, el régimen soviético en los años posteriores a Stalin ya no se podía llamar totalitario. La ideología todavía estaba allí, así fuera en franca decadencia; la dictadura todavía estaba allí, aunque menos brutal; pero el terror activo había sido reducido severamente, si no eliminado del todo. Sin embargo, algunos teóricos, como Richard Lowenthal, argüían que aún había bases para pensar en la Unión Soviética como en una sociedad totalitaria. Para él era crucial la presencia de una dictadura de un solo partido que se arrogaba la completa autoridad en la vida política y social. Pero como la experiencia pronto haría ver, una vez que desaparecía el terror una dictadura como ésta ya no podía mantener el poder total, pues los riesgos de la oposición disminuían, como sucedió con los riesgos de cualquier empresa autónoma de la gente ordinaria.

Desde el ventajoso punto de vista de la retrospectiva —que siempre permite un juicio más agudo que el de nuestros predecesores—, la teoría del totalitarismo tuvo el enorme valor de fijar la atención en lo que era históricamente nuevo en los regímenes de Hitler y Stalin. Los escritores de los años 50, tal vez, ofrecían menos un análisis científico que una especie de *poesía histórica*, una imagen brillante y evocativa de lo que ha arruinado al mundo moderno. De ningunos otros escritores se podría deducir un "sentimiento" tan fuerte de la visión totalitaria, su radical demonomanía, su corrosivo nihilismo, como de Hannah Arendt y George Orwell. Arendt procuró alcanzar el espíritu último, el fondo de los motivos,

en el nazismo, el que celosamente llevaba a la gente a matar y a dejarse matar. Quería ella penetrar el corazón de las tinieblas, incluso al costo de que ocasionalmente su obra pudiera tomar un ligero aire de sombría.

Con el tiempo las resquebrajaduras en la teorización de los años 50 se volvieron más notorias. La monstruosidad del totalitarismo dispuso un fin a la historia, pero según resultaron las cosas, la historia no terminó, sólo siguió avanzando. Arendt y Orwell captaron la locura de su momento, no como aberración o excrecencia, sino como un poder histórico impulsor, y en eso, por un tiempo, tuvieron razón.

En las décadas intermedias no hubo escasez de críticas a los teóricos de los años 50. Una de las virtudes del ensayo de Michael Walzer, "El totalitarismo fallido", es que está escrito con un espíritu de generosidad y deja claro que sus enmiendas y correcciones no serían posibles sin los anteriores de aquellos a quienes critica.

Consciente de que en muchos sentidos el totalitarismo alcanzó algunos de sus fines —Hitler destruyó a la mitad de los judíos europeos, Stalin acabó con la dirigencia original bolchevique y con millones de inocentes—, Walzer argüía que en última instancia el totalitarismo había fracasado. Los movimientos nazi y stalinista no tomaron el control del mundo; sus regímenes no sobrevivieron más de unas cuantas décadas; el cinismo apocalíptico que suscitaron tanto en sus seguidores como en sus oponentes en su mayor parte se ha desvanecido. Lo que siguió a la dictadura de Stalin fue una mera oligarquía, muerta en espíritu e incapaz de preservar incluso sus poderes y sus privilegios. Tampoco fue la corrupción totalitaria del lenguaje un fenómeno permanente. No hay razón para creer, escribió Walzer, que el Estado puede controlar la conversación humana, "los ritmos, las entonaciones, las yuxtaposiciones, de cualquier gente que pueda hablar".

Los seres humanos no pueden ser permanentemente transformados por el terror, ni su lenguaje por el mandato absoluto. No ha llegado aún el final de los días. E incluso el punto de vista de Walzer de que el verdadero legado del totalitarismo es el "gobierno autoritario" tiene que ser ahora, felizmente, modificado.

Estamos presenciando una de las más notables transformaciones en la historia moderna, dando razón a la esperanza de que el tiempo del Estado total se ha ido, aunque quede la posibilidad de una regresión al gobierno totalitario. Los acontecimientos en la Unión Soviética muestran que, como en Italia y Alemania hace unas décadas, todas las fuerzas sociopolíticas, buenas y malas, reprimidas por el Estado total, tienen un modo de reaparecer una vez que se permite un poco de libertad. El espíritu de la democracia, la tradición del socialismo democrático, los sentimientos de solidaridad nacional y étnica: todos regresan, revelan la continuidad de la experiencia humana y la capacidad de rehacerse del ser humano. No, no es el fin de los días; todavía, honor a quienes tuvieron suficiente imaginación hace unas décadas para temer que podría ser el fin.

Para poner nuestra discusión en términos más o menos crudos, haré la inevitable pregunta sobre los teóricos de los años 50, Arendt et al: ¿tenían "razón" o estaban "equivocados" en sus análisis del totalitarismo? Espero que no parezca evasivo decir que tenían razón y, a la vez, que estaban equivocados. Fueron más fuertes en sus evocaciones que en sus predicciones, más penetrantes en cuanto se trataba de buscar



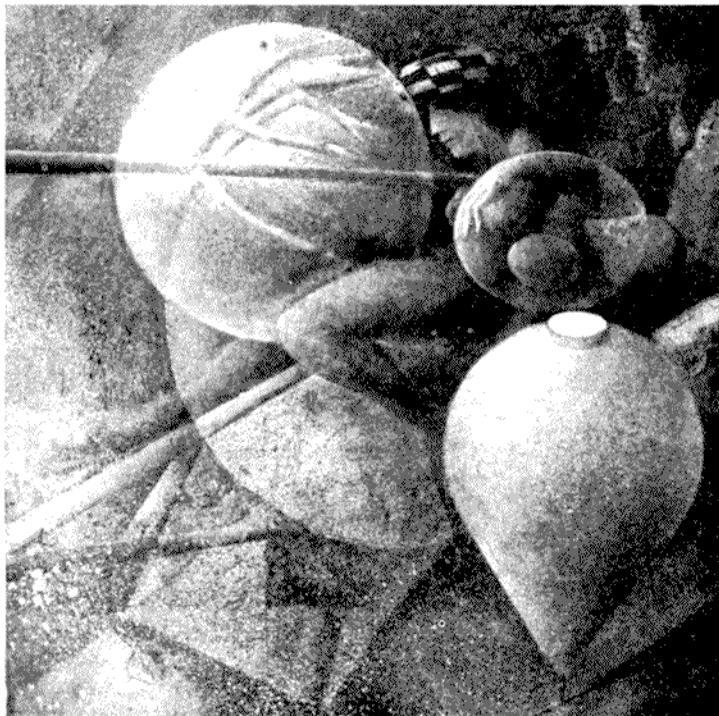
la verdad histórica que en reconocer la continuidad histórica. Hasta este momento, cuando se ha venido abajo el mundo comunista, es tentador subrayar los errores y excesos de los teóricos de los años 50: su categórico absolutismo, su "esencialismo", su inclinación a ver un apocalipsis que llevaría al movimiento histórico a su fin, y su tendencia a dotar al Estado totalitario con una casi mística "perfección" que realmente no tenía. Con todo, si se me permite una paradoja, yo creo que estos analistas estuvieron menos "equivocados" que algunos de sus críticos que tenían más "razón". Hay tiempos en que la brillante improvisación es más sugerente y más útil que la precaución racional. En todo caso, ¿cuánto tiene que durar una teoría? Todavía estamos discutiendo la Revolución francesa, ¿por qué entonces tenemos que esperar que las teorías del totalitarismo sean todo menos vulnerables? Las teorías que sirven incluso un momento histórico corto nos sirven bien.

Lo que yo propongo es concluir volviendo por un instante a la obra de un escritor cuyo posterior desarrollo deploro, pero cuya obra anterior admiro. Cuando Solzenitsin publicó su novela *El primer círculo*, aún era sensible a otras voces, a otras ideas; la tácita premisa del libro es la plenitud de la cultura humana. Ubicada en una prisión - laboratorio llena de científicos e intelectuales, *El primer círculo* ayuda a persuadirnos de que gran parte del escepticismo se asegura en la suposición de que el Estado total ha transformado o puede transformar no sólo el discurso público sino también las mentes

individuales. Entre los personajes de Solzenitsin hay una notable libertad de pensamiento, como si mostraran una Rusia oculta: desde Rubín, el loco encantador aún enredado en el sistema que lo ha encadenado; hasta Kondrashev, el pintor de trascendentales inclinaciones; desde Sologdín, un hombre consagrado a la disciplina de la voluntad, aunque no desprovisto de humor, hasta Nerzhin, que se adhiere al escepticismo como a una especie de mínimo valor de purificación. Seguramente Sologdín habla por el autor cuando expresa su fe en las "personalidades únicas" como fundamento de la existencia humana. La novela tiene además una rara cualidad: un vehemente respeto por la integridad de otros individuos, una creencia en su autonomía, sus derechos, su facultad de expresarse. A esto se le puede llamar sentimiento del "yo" o de la propia identidad, se le puede llamar de otra manera, pero es el revés de la trama.

#### NOTA

<sup>1</sup> En un apéndice a la edición de bolsillo de *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt reconoció la significancia histórica de la Revolución húngara de 1956; muy penetrantemente sugería ciertas comparaciones entre sus improvisadas instituciones de autogobierno y los anteriores esfuerzos en Europa por establecer consejos de trabajadores. Su respuesta era ejemplar, pero no creo que su teoría del totalitarismo haya propuesto una base, o al menos una base suficiente, para suponer que podría haber mayores revueltas contra el gobierno totalitario.



*Los domos de su libertad*